
Fingir y fungir

¿Ser uno mismo! Pero ¿vale la pena ser uno mismo?

PAUL VALÈRY

En la literatura de nuestro siglo abundan los heterónimos y apócrifos. Algunos de los más señalados escritores de estos tiempos se conocen como Bernardo Soares, Silas Flannery, Juan de Mairena, Pierre Ménard, Abel Martín, Octavio de Romeu, Edmond Teste, Herbert Quain. Este fenómeno puede ser un indicio de crisis: está en quiebra la noción de autor heredada del romanticismo individualista, el mito del único y su propiedad (el autor y su obra). Otra herencia romántica, la identidad de literatura y lengua nacional, también está en crisis según estudia Georg Steiner en *Extraterritorial*. Buena parte de la literatura actual es literatura de exilio y de traslado lingüístico.

La noción del autor entra en crisis, al menos, por dos vertientes. Una es la experiencia exacerbada del realismo, que anula al observador y lo inunda de «realidad», es decir, de cosa inexorable y exterior, objetiva y ajena. La objetividad impasible del realismo, llevada a su extremo, hace que el discurso se protagonice a sí mismo y el emisor sea fungible.

La otra vertiente de la crisis es, por el contrario, la decadente. Decaemos porque ya existieron los habitantes de las cumbres, los pináculos han sido ocupados y nos queda sólo la cara descendente de la montaña (¿mágica?), su ladera crepuscular. Los escritores del siglo XX han llegado tarde, los agobia una herencia literaria donde todo ha sido dicho y no caben sino la glosa, el plagio, la parodia, la apocrifia: hurtar o robar el discurso de los padres y de los abuelos.

Bernardo Soares es, de profesión, ayudante de bibliotecario, circula entre libros heredados y clasificados. Sólo puede releer a los clásicos muy reconocidos (o sea: los que él vuelve a conocer como sus clásicos en las relecturas sucesivas). Se identifica con la «Raza del Final, límite espiritual de la hora muerta».

De día, Soares se gana la vida redactando los libros contables de una oficina comercial. Estos libros son su Libro del Sosiego. De noche, se inclina sobre una escritura más arriesgada y abismal: su Libro del Desasosiego.

Hay en Soares una convicción secreta: con él acabará su raza. Esta lúgubre persuasión es vivida con cierta complacencia y redundante en estética: la aniquilación es bella y tiene la grandeza de poder decir: «Conmigo acaba todo y se extenuan todos». Soares abraza a una incontable generación de ancestros y, con ese paquete humano entre los brazos, se precipita al abismo.

Saberse final margina. «Pertenezco a esa clase de hombres que están siempre al margen de aquello a lo que pertenecen». Soltero, sedentario, solitario, habitante de pensiones transitorias, frecuentador de cafés, nada hay en su vida de propio ni de

compartido (ambas cosas son la misma cosa). Rehúye los viajes y se imagina un viajero al que han obligado a ir de un punto ignoto a otro punto igualmente ignoto, en un carruaje o barco no elegido, rodeado de compañeros de ruta indeliberados. La vida es una posada llena de extraños, un periplo sin explicaciones.

Uno de sus compañeros de oficina se llama Borges. En esos años prospera en el Río de la Plata un joven escritor del mismo apellido. También es de ancestros portugueses, relector de clásicos, amante de la literatura inglesa. No sabemos cuál de los dos Borges es el auténtico y cuál es el apócrifo.

I

Juan de Mairena ha meditado metafísicamente sobre lo apócrifo. Apenas aceptamos que Dios ha muerto, como proclamaba Nietzsche y era obligatorio creer en la educación sentimental de los Mairenas, el mundo pierde todo soporte seguro y todo lo que estaba puesto empieza a estar meramente supuesto. Nada está en su puesto, todo está supuesto.

Estos supuestos son todos indemostrables, ya que carecen de la garantía divina. Su identidad es un mero truco de la lógica basado en una propiedad del lenguaje: la de llamar siempre a lo mismo con el mismo nombre. En el río de Heráclito sólo la repetición de ciertas palabras asegura la continuidad de ciertos objetos.

Pero esto no es prenda de seguridad metafísica, sino mera necesidad lógica de la lógica: la de ponerse de acuerdo consigo misma. Si el supuesto es falso, cosa que tampoco podemos saber porque carecemos de la autenticidad última de lo Auténtico, la falsía es el carácter dominante del mundo. Representamos la Divina Comedia, cuyo autor es anónimo y tal vez apócrifo y lo que tomamos en serio deviene Divina Parodia. Esto es terrible o consolador, según se mire, y Mairena nos ofrece la alternativa, como a los toreros noveles. El ya llevaba muchas muertes encima.

De Mairena sabemos poco. Su discípulo Antonio Machado lo citaba a menudo, pero escamoteaba las fuentes y confundía frecuentemente lo inventado por Mairena y lo aprendido por éste de su maestro Abel Martín. Además, don Antonio tenía cierta tirria por Mairena y discutía sus opiniones. Y para colmo, según se documenta en un cuaderno llamado *Los complementarios*, ha habido dos Antonios Machados, nacidos en 1875 y en Sevilla ambos, uno auténtico y otro apócrifo. El auténtico es un escritor célebre y el apócrifo es otro escritor, menos célebre que el anterior.

Machado cazaba apócrifos y hace largas listas de ellos, citándolos o no. Luego cita a Valéry, a Proust, a Kant, a Schopenhauer, a Papini, a Croce, sin aclararnos si son o no apócrifos también. Cabe la sospecha de que lo sean o de que la apocrifia empiece cuando ingresan en los cuadernos de apuntes de alguno de los Machados.

Uno de estos autores, el napolitano Benedetto Croce, ha escrito que la historia universal es siempre instantánea, historia contemporánea. Cada momento del tiempo histórico sintetiza todo el pasado y lo convierte en actualidad. Mairena era de la misma opinión: relejendo la escena de *El burlador de Sevilla* de Tirso en que muere don Gonzalo, sostiene que, hoy, esa escena es de Calderón aunque la haya escrito Tirso (lo cual tampoco es seguro según sospecha Maurice Molho).

Dicho de otra manera: la memoria histórica también tiene amnesias y fantasías retrospectivas. Por ejemplo: los tratadistas de arquitectura del Renacimiento se «olvidaron» del gótico. Para ellos no formaba parte de su historia. En cambio, a fines del XVIII, el joven Goethe, curado del daltonismo renacentista, «descubría» la inconclusa catedral de Colonia y el gótico empezaba a formar parte de la historia de Walter Scott, Hugh Walpole y el señor Gil y Carrasco.

Proust ha mostrado que la vida es lo que creemos haber vivido, lo que la memoria cree recordar, un acto de fe en la rememoración. Soares lo glosa: «Qué de veces, para que el descanso sea mayor, recuerdo lo que no fui... me he convertido en la ficción de mí mismo». Es decir: la ficción de mí mismo se realiza. Y algo más: lo apócrifo de la memoria que se vincula con los dos horizontes de la historia: la carencia y la muerte.

En la memoria hay fragmentos de una vida falsa «que la muerte dora desde lejos», hasta que el sujeto es «el príncipe desierto de una ciudad de túmulos vacíos». Vestigio y simulacro de sí mismo, el sujeto conservado en la memoria acepta como su pasado aquello que no ha conseguido ser, o sea, la carencia hacia la que se moviliza el deseo.

Ahora, vieja novedad, la reflexión de Mairena sobre la probable e imposible, posible e improbable apocrifia del mundo, se llama filosofía posmoderna. Esto demuestra que sus autores son apócrifos, y que, de algún modo, estaban ya en la lista de *Los complementarios*. No son más que complementos de un discurso ajeno que han hurtado cuando la ciudad dormía.

Esta ausencia de garantía cósmica que acarrea la muerte de Dios hace quebrar la categoría de verdad como fantasía del saber absoluto (por ejemplo: el modelo hegeliano de una homeostasis final de la historia en que el espíritu se conoce acabadamente en todas sus obras, suerte de juicio universal en el que el Padre reconoce a todos sus Hijos). Pero, desde el otro extremo, la noción de verdad también quiebra. Si la verdad no está en el mundo, está en lo íntimo, pero allí tampoco es hacedera. Lo explica Monsieur Teste en su *Log Book*: «Es imposible recibir la *verdad* de uno mismo. Cuando se la siente formarse (es una impresión) se forma, al mismo tiempo, *un otro sí mismo inhabitual...* del que estamos orgullosos y celosos... (es el colmo de la política interna)».

La razón heredada tenía su fe, la fe en lo nunca visto, que permitía desarrollarse al discurso por medio del análisis, es decir, unas palabras royendo a las otras. Este roedor sabihondo confiaba en llegar a la desnuda realidad (invisible) de las palabras y encontrarse cara a cara con la verdad. Pero la sospecha de que esa verdad sea apócrifa descabala todo el discurso, y la razón se ve constreñida a límites más modestos. Séneca la hacía circular entre el hastío y la desesperación. Mairena, entre la tautología y el absurdo. Pensar es evitarlos, tocándose apenas con ellos y huyendo hacia el extremo contrario.

El garante ha muerto, tampoco tenemos la certeza de lo que sea la realidad, ese continuo que está ahí fuera, inevitable, pero que no nos asegura que sea la máscara protectora de la verdad, el obstáculo dialéctico que hay que saltar para superar la apariencia y atrapar al ser.

En la escritura, la disolución de la categoría «realidad» también afecta al autor «real» que puede ser mera apariencia y fungir como una suerte de médium de las